

I

El vientre estéril de la última de los Carón, Celia Jiruña, se marchitaría privado de simiente, agostándose y agonizando lentamente, como las tierras del antiguo solar de su linaje, donde sólo encontraron cobijo escorpiones, chacales, perros vagabundos y Laura del Lago, que llegó con su hijo —un niño de rostro luminoso y padre desconocido—, sin que nadie en El Hondo deseara saber de dónde o de quién huía una mujer joven y atractiva como ella, para instalarse sin compañía conocida en una casa abandonada, en el cruce de la carretera de Poncia con el pedregoso camino que conducía al secarral de la presa de Puentes, un pantano que nunca tuvo agua, abastecido por una minúscula corriente que se perdía antes de llegar al embalse entre los charcos hediondos de la cuenca seca del Guadalorce, cuyo aire mefítico solo fue soportable desde tiempo inmemorial para algunas especies de voraces insectos errantes, como nubes tóxicas, que asaltaban

a los escasos viajeros a quienes el deber, el infortunio o la desdicha habían conducido hasta los parajes próximos al barranco del Lobo, camino de Región, donde a la sequía pertinaz sucedían aguaceros torrenciales que destrozaban los sembrados y aceleraron la desertización de los valles, embutidos entre las áridas laderas donde solo crecía el azufaifo y unos lechos baldíos de fangos arcillosos y gravas empastadas, tierra estéril y sin posible fecundación.

Solo una familia había precedido a Laura del Lago en su temeraria decisión de instalarse con su hijo en una casa abandonada, más allá de las últimas callejas del Hondo.

El ingeniero de caminos, canales y puertos que imaginó, proyectó y llegó a realizar la presa de Puentes, para su perdición, creyó poder vencer la sorda hostilidad inquieta de los lugareños hacia un proyecto hidráulico cuya única ambición era la redención de la tierra. Y con tal fin pedagógico construyó en las inmediaciones una casa familiar, donde se instaló con su esposa y tres hijos, como prueba —a través de aquella noble decisión— de su fe inquebrantable en las obras públicas, la razón, el progreso y el trabajo bien hecho.

Fue leyenda, mientras hubo una escuela en el Hondo, la tragedia de aquella familia honrada y sin descendencia, perdida sin remedio para la memoria de las gentes. El padre, la madre y dos de los tres hijos se encontraban entre las primeras víctimas, sin posible socorro, cuando la presa reventó, como consecuencia de un accidente o la mala voluntad de varios de los colaboradores del ingeniero que la había concebido con amor e ilusión. Aquel hombre pereció en inútil sacrificio, arrastrado con sus seres más queridos por la furia torrencial del agua, al agrietarse la presa, precipitando un diluvio espantoso, cuya violencia demencial arrancó de cuajo los árboles, asfixió, ahogó y estranguló a los hombres

y las bestias, arrasando los hogares y los sembrados, llevándose con su ciega brutalidad impetuosa todos los vestigios de vida que encontraba a su paso, dejando tras sí un rastro de pavor, locura, muerte y desolación, acentuando la hostilidad y el sordo rencor de algunos campesinos iletrados hacia las máquinas y el progreso.

La figura apolínea de Laura del Lago acentuaba su fragilidad carnal de temprana fruta madura, muy apetitosa, cuya piel finísima y delicada le daba un aura de mariposa de alas transparentes, aparecida por aquellos parajes en un coche de tercera o cuarta mano, que ella conducía mientras fumaba un cigarrillo y su hijo miraba desde la ventanilla, escrutando en silencio el paisaje calcinado de aquella tierra baldía.

Cuando Laura se detuvo por vez primera en la que sería su casa —sin que nadie supiese como había podido llegar hasta aquellos parajes, ni con qué demencial motivo—, desde la lejanía del pueblo solo se distinguía la grácil silueta que parecía describir al niño que la acompañaba la vastedad solitaria de unos dominios que ya tuvieron otros infortunados propietarios, víctimas, sin duda, de los mismos espejismos.

Lázaro Noval, el último si no el más desdichado de entre ellos, también había conocido, muchos años atrás, la eufórica locura de quien sueña que sale de su tumba para volver a la vida. Una hueste de espectros errantes lo había precedido en su busca atormentada de una tumba donde encontrar reposo. Él mismo no fue si no el último vástago de un linaje indisociable de la maldición que parecía pesar sobre aquellas tierras.

Mucho antes que llegase Laura del Lago, Lázaro Noval ya había conocido el resultado final de la infructuosa batalla perdida una y otra vez por quienes los precedieron

a ambos y también habían intentado redimir aquellas tierras dejadas de la mano de Dios, para perecer en el intento. Él supo de la sal que infectó la única mina de agua, ya casi seca e insalubre. Y conoció los efectos insanos del bramido del viento azotando las ramas de los acebuches, durante las frías noches de invierno. Nadie en su sano juicio se había quedado nunca en aquellas parameras, si no era maniatado por la pobreza, las deudas, o la incapacidad de los vivos, llegados a cierta edad, para romper el cordón umbilical con el que los muertos intentan atarlos ya para siempre a la fosa común. Incluso la resistencia estéril de los acebuches era un acto de demencia inútil, con el que aquellos olivos silvestres afirmaban la supervivencia, amenazada, pero todavía con vida, en cuarentena, de unas semillas caídas y fecundadas por azar en una tierra inhóspita, donde la mano del hombre había conseguido con mucho dolor hacer crecer algunos magros frutos. Mucho antes de la llegada de Laura del Lago, Lázaro conoció palmo a palmo los estrechos límites de aquella tumba, florida con el sudor, el esfuerzo y la vida perdida en vano de sus antepasados, cuyos espectros vagaban sin posible descanso entre los áridos bancales donde, año tras año, los almendros volvían a florecer, a primeros de febrero, vistiendo el valle con el albo rosáceo de sus flores, frágiles y quebradizas, prestas a morir, tras una nueva noche de helada.

La llegada de Laura del Lago quizá confirmaba el misterio manicomial del que años atrás tuvieron noticia, sin comprender su significado, Lázaro Noval y el notario que viajó desde Poncia hasta la pedanía del Hondo, con el fin de comunicarle las últimas voluntades de Celia Jiruña Carón, convirtiéndolo en único heredero de unas tierras que habían sido escenario de atroces diatribas

fratricidas entre sus antepasados, disputándose a estacazos, en la plaza de la iglesia parroquial de Poncia, la incierta propiedad de unos palmos de tierra que ni siquiera les servirían de sepultura.

Cumpliendo a su manera una oscura profecía, la llegada de Laura del Lago debió consumarse una fría y luminosa mañana de febrero. Su figura grácil, esbelta, de luminosa mujer en la flor de la vida, podía anunciar un espejismo semejante a la ilusión gloriosa de una epifanía redentora para aquellas tierras, donde los almendros florecen por esas fechas, desde tiempo inmemorial, víctimas de la misma locura, ya que sus flores no siempre soportan la crudeza de los fríos que las matan y convierten en ceniza amarillosa, caída en grumos al pie de los árboles, cada año florecidos de nuevo para dar nuevas flores frágiles y quebradizas como el cuerpo de una virgen loca, vistiendo el valle con el manto alborrosáceo, oloroso a miel y espliego, que nos anuncia la llegada de otra primavera.

II

El rosa violeta de los labios de Laura, su delicada piel alabastrina, sus tacones, la ligereza transparente de sus vestidos, incluso el descaro de fumar sin recato, en boquilla de ámbar negro, mientras paseaba sin rumbo por calleja principal del Hondo, donde agonizaban dos destartalados escaparates, sin ningún interés para su hijo ni para ella, causó mucho escándalo entre las sarmentosas vecinas tocadas de negro que consideraban su ocioso deambular como una maldición.

Una mujer de su porte, dando la mano a un niño sin padre conocido, sólo podía recalar por aquel pedregoso infierno con fines inconfesables, tras haber hecho escala en un prostíbulo de Poncia.

La limpieza de su vocabulario y la amabilidad educada de su manera de expresarse, cuando compraba pan, agua y algunas vituallas, para ella y su hijo —pagando siempre con calderilla y algún modesto billete ocasional—,

solo inspiraban reserva distante, embozada tras las sonrisas hipócritas, pronto transformadas en maledicencia en cuanto la sospechosa pareja salía de la tienda donde jamás les venderían a crédito.

Su lenguaje sencillo pero pulido, esmerado, tampoco era el de las gente de Poncia, curtidas en la crudeza de la vida provinciana, sin el artificio hampesco de la capital ni los giros rústicos de los lugareños del Hondo, versados en risotadas y groseros símiles obscenos, agropecuarios y cinegéticos, prestos a todo momento a saltar sobre una presa fácil, a la que creían poder hacer suya por la astucia, la fuerza o unas monedas.

La prudencia de quienes habían conocido, siquiera de oídas, las trampas camufladas tras los espejismos publicitarios de la caligrafía fluorescente, tendidas en las calles de la capital donde las manadas de hombres solos vagaban husmeando carne fresca y tarifada, atizaba contra Laura del Lago un sordo respeto hostil. Un cuerpo femenino tan atractivo solo podía ocultar un vicio secreto, una enfermedad contraída en un lecho de ocasión, un mal que se propagaría con las extranjeras llegadas a Poncia para chupar la sangre de los hombres más jóvenes, infectándolos con enfermedades que ellas transmitían.

Quienes conocían o habían tenido ecos muy próximos del comercio con extranjeras, llevadas y traídas a Poncia en pequeños vehículos de alquiler, adaptados al tráfico de seres humanos maquillado con afeites de publicidad turística, sospechaban que una pieza como aquella ya tenía amo.

Laura del Lago podía tener un protector —que no sería el padre de su hijo, fruto accidental de una olvidable historia sin mañana ni interés, muy anterior—, cuyos

intereses pasaban por atar muy corto el cuello de la desconocida a la soga trabada en aquella casa de las afueras del Hondo, situada en una encrucijada inhóspita para seres humanos pero quizá atractiva para algunos predadores de olfato muy fino.

Desde la taberna del Hondo, donde la única autoridad policial de aquellos parajes —por llamar de alguna manera al personaje patibulario que tenía las llaves de la perrera y el poder municipal— se instalaba muy de mañana para espiar a los lugareños, matando el ocio con una copa de cazalla, Laura del Lago comenzó por recibir muestras de un untuoso respeto hipócrita. Quienes la observaban a distancia, embozados, acechaban el momento o la debilidad que permitiese descubrir quien y con qué fines manejaba el cebo tentador de aquella cierva en celo.

En la taberna del Chuzo —un apodo que databa de la lejana posguerra, cuando el propietario de aquel antro había hecho méritos cívicos acosando con una estaca con pincho de hierro a los reclusos esposados que serían conducidos al Barranco del Lobo, para ser ejecutados con un tiro en la nuca, arrodillados— circulaban todas las noticias y rumores que alimentaban con aire viciado y podrido el asmático sistema respiratorio del Hondo. Y la llegada de una forastera era un acontecimiento mayor en la historia de la maledicencia local.

Las idas y venidas de una joven madre, sin esposo ni ocupación conocida, atizaban sin poder confirmar las más lúbricas sospechas, cubiertas con un manto de negra incertidumbre. El coche con matrícula de la capital que se detenía de manera irregular a la puerta del domicilio provisional de Laura del Lago no entraba nunca en el pueblo, tras llegar a nocturnas horas intempestivas que hacían muy difícil la identificación del desconocido

conductor que debía dormir en el mismo lecho de la forastera; ya que Maruca la de Hondales —que limpiaba y ordenaba la casa de la forastera dos o tres veces por semana— había contado a sus amigas que en aquella casa solo había una cama de niño, en el primer piso, y una cama de matrimonio, en el bajo, siempre deshecha, cuando ella llegaba, donde la mujer joven y sin ocupación debía pasar horas y horas esperando algo o a alguien, con quién sería muy difícil comunicar, ya que no tenía teléfono y sólo había recibido, desde que llegó, dos o tres cartas de apariencia insignificante, cuyos remitentes, con siglas de organismos oficiales, solo sugerían oscuras comunicaciones administrativas, sin ofrecer ninguna pista concreta sobre las relaciones o identidad real de Laura del Lago.

Entre los jóvenes condenados con el nacimiento a envejecer prematuramente en El Hondo —sin fortuna, formación ni esperanza de ir nunca mucho más allá de las gradas de un campo de fútbol, en otra provincia, o la visita ansiada a algún prostíbulo de Poncia—, el fragante perfume de hembra desconocida desataba pulsiones de locura

La maledicencia a media voz de las vecinas enardecía los deseos más desbocados entre los mozos, atizando en ellos las llamas abrasadoras de las promesas del pecado y la lujuria rufianesca, sin freno: nadie se interesaría por la suerte de una mujer sometida por la fuerza a la lúbrica bestialidad caprichosa de uno o varios hampones dispuestos a conseguir gratuitamente lo que otros obtenían pagando unas monedas. Buen concededor de los inconfesables hábitos de su clientela, durante las largas noches de invierno, el Chuzo puso fin provisional a las primeras fabulaciones avanzadas en un rincón de su taberna,

sugiriendo riesgos imprevisibles entre los cómplices de impunes atropellos jamás esclarecidos por la justicia.

Si la ronda nocturna de los alrededores de la casa abandonada donde Laura del Lago y su hijo habían encontrado algo que hubiese sido excesivo calificar de hogar permitía confirmar la fragilidad de aquellas paredes, en un apartado paraje del que huiría cualquier alma humana en su sano juicio, propicio a cualquier abuso o crimen lujurioso, la marca y calidad del automóvil que allí encontraba parada y fonda, una o dos veces por semana, imponía la prudencia debida ante unos vagos signos de posible riqueza, poder e influencia, cuyo rastro conducía hasta las familias que gobernaban en Poncia y toda la meseta cainita, fuese cual fuese el color y las cambiantes escarapelas y collares políticos usados por la misma casta de hienas y quimeras.